

Francisco Rico

Escritor, académico de la RAE. Publica "Petrarca" (Arpa)

“No he sido obediente, pero tampoco díscolo”

“La edición física del Quijote mío que ha publicado la Academia quizá es lo mejor que he hecho para el disfrute de todos”

Juan Cruz

En el extrarradio está, esperando al periodista, Francisco Rico, un genio de la lengua española. Amigo de todos los que ahora ya son memoria de la generación de Juan Benet, ha dedicado su vida a dialogar con Petrarca, Dante o Cervantes, aunque de todo lo que sabe mucho habla lo justo, porque tampoco quiere hablar demasiado de nada. Ahora que Arpa le publica un volumen sobre Petrarca, abre la puerta, señala con el dedo el camino que sigue, y es, desde el principio de la conversación, el mismo Rico que siempre pareció, dispuesto a romper cualquier protocolo. Gruñe algo que tiene que ver con el tiempo que hace, o con el tiempo en el que está, y luego termina el almuerzo, al que llega como los ingleses a la cena: temprano y tarde a la vez. El libro que ha publicado nos sirve de *leitmotiv*, y a veces él se refiere a él y casi lo deletrea. Alardea de que ya recuerda poco, o nada, pero basta que pasen los minutos en esa cocina que nos acoge para que sea minucioso en el dato y terrible, o amoroso, en el desdén o en la gana. Siempre fue un placer, y un reto, hablar con Francisco Rico.

—¿Cuándo leyó por primera vez el Quijote?

—Muy pronto, antes de poder apreciarlo de verdad. No sé, tendría 14 o 15 años y me lo regaló una amiga. Y no me llamó mucho la atención. Pero fue una lectura que hice íntegra. De eso sí me acuerdo.

—Luego ha leído el Quijote para hacer varias ediciones.

—Creo que no lo he leído de principio a fin otra vez. Bueno, no te fíes mucho de lo que te diga, porque tengo la memoria muy para allá.

—¿Cuál ha sido el personaje más sabio que a le ha enseñado cosas?

—No sabría decirte. Tal vez Riquer. Quizá Cervantes o Don Quijote.

—¿Recuerda el primer día que fue a la escuela y allí se dio cuenta de que iba a aprender?

—Yo fui muy joven al colegio. A los tres años. Porque vivía enfrente del colegio, solo tenía que cruzar la calle Balmes y aprendí a escribir. Aprendí a escribir con una maestra.

“Yo he escapado mucho del mundanal ruido. No he querido publicar cosas de mucha divulgación, por ejemplo. No, no me ha interesado ese público”

—Eso sería algo maravilloso.

—Sí. La verdad es que me gusta escribir bien y, sí, procuro escribir bien. Me gusta escribir bien.

—Leyendo y escribiendo se hizo sabio.

—Bueno, será sabio en unas cosas y en otras no. Pero la sabiduría es no dudar, no preguntar. Ir al grano.

—En este libro sobre Petrarca hay mucha seguridad, la que sólo pueden tener los sabios.

—Pues sí, seguramente sí. Curiosa-

mente yo he leído más sobre el Petrarca de prosa que el del verso. Lo del verso lo doy un poco por obvio, por sabido. Y además no me satisface. Petrarca tiene un epistolario en latín que se entiende muy bien. Son 24 tomos de cartas que es lo que más se parece al ensayo moderno.

—¿Qué le llamó primero la atención de Petrarca? ¿Por qué le ha dedicado tanto tiempo?

—Pues posiblemente por Riquer. Había leído en alguna parte un fragmento de Petrarca. Entonces él compró para la biblioteca del departamento varios libros sobre Petrarca. Y luego me encargó que yo hiciera un cancionero y lo hice.

—¿Y cumplió el encargo? Porque nunca ha sido muy obediente.

—No, pero tampoco he sido díscolo. Y casi siempre he encontrado algo positivo al hacer ese tipo de cosas y me he metido en ello. Luego me fui metiendo porque me interesaba.

—¿Usted ha tenido la tentación de parecerse a los personajes sobre los que ha escrito, a Petrarca o a Cervantes, por ejemplo?

—Yo trato de hacer puentes entre ellos y yo. Petrarca, por ejemplo, tenía una mirada del mundo serena, no se exaltaba en absoluto. Veía las cosas con una objetividad increíble. Y yo no tengo esa cualidad.

—Petrarca. Es un nombre que escribió tanto y que viajó tanto y además siempre estuvo buscando asuntos a los que referirse.

—Bueno, era inevitable que fuera así porque sabía distinguir muy bien lo que había de singular en los personajes y en los lugares, y entonces se fijaba en ello y escribía sobre ello.

—Dice que el cancionero de Petrarca es una historia de amor. La historia de una pasión constante y jamás domada. Y que sus cartas forman parte de una voluntad de creación de una aristocracia del espíritu. Era un hombre moderno.

—No, porque él pertenecía a una aristocracia que no pensaba en el común de la gente.

—Sin embargo, usted dice que, implicándose en cuerpo y alma, concibió una nueva cultura. Ahí había un compromiso con la sociedad, ¿no?

—Sí, con la sociedad y consigo mismo. Que todos fueran como él, podríamos decir.

—¿Solo era un egocéntrico?

—Un sujeto egocéntrico. Bueno, ¿por qué no? Eso no quiere decir que esa faceta sea lo único que lo representa, eh.

—¿En qué manifestaba su ego?

—Pues en las cosas que escribía con seguridad. Cuando veía una cosa sabía muy bien de qué se trataba. Así, en general.

—¿Y Paco Rico también es así?

—Bueno, pues puede ser.

—¿Y de los autores contemporáneos, a quién le gustaría parecerse?

—Pues chico, no lo sé. Quién sabe.

—Supongo que ni a Javier Marías ni a Pérez-Reverte.

—Desde luego. Ni a Javier Marías, ni a Pérez-Reverte. Maldita sea, para nada.

—Usted parece arisco, pero tiene una enorme temura.

—Sí. Cuando quiero a alguien, lo quiero bien y lo trato bien en particular.

—En el caso de Petrarca, habla de todo lo que hizo y parece estar hablando de un personaje contemporáneo.

—Hombre, trato de aproximarlos a nuestros tiempos y para ello debemos aplicar un poco el mismo método que para alguien conocido o admirado. Heráclito decía: Yo que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyos brazos desfallecía apacible alguno.

—Petrarca tenía, dice usted, la solidez de un proyecto cultural. Es decir, no era alguien que se ponía a hacer solo su obra, sino que estaba implicando a los demás.

—Sí, claro, eso es la historia del humanismo. El humanismo es eso, ex-

El escritor Francisco Rico.
// FdV



El demonio de Laplace

Antonio Guisado
Siruela, 353 páginas

Cuando los cadáveres de varios gatos sacrificados comienzan a salpicar la ciudad de Sevilla, dos detectives sacados de su letargo por los macabros sucesos se verán enfrentados de improviso a una serie de extraños acontecimientos y, sobre todo, a una cuestión de siempre esquivo naturaleza. Desde Aristóteles hasta Einstein, desde Calderón de la Barca a Simon Laplace, muchos han sido quienes a lo largo de los siglos han intentado dar respuesta a uno de los grandes interrogantes de la historia de la humanidad: ¿es el hombre realmente libre o existe un sendero ya trazado que recorreremos sin saberlo?



La guerra de los huracanes

Thea Guanzon
Umbriel, 512 páginas

A Talasyn la abandonaron en un orfanato cuando era un bebé. La Guerra de los Huracanes es todo cuanto conoce, pues su pueblo lucha para liberarse de la tiranía del Emperador de la Noche Gaheris. No obstante, ¿se trata realmente de su pueblo? Talasyn sueña con descubrir algún día su procedencia, con encontrar a su familia y el origen de la radiante magia que fluye por sus venas. Alaric de la Casa Ossinast, Maestro de la Legión Forjasombras y único hijo y heredero de Ghaeris, ha sido moldeado por su padre para convertirse en un arma, encargado de destruir a la nación vecina. **S.R.**



La conjura del harén

Abraham Juárez
Espasa, 524 páginas

El faraón Ramsés III comparte el poder con dos esposas, Isis y Tiyi, enemigas irreconciliables, ya que ambas aspiran a que sus hijos, Ramosé y Pentaur, hereden el trono. Una de ellas urdirá un plan para beneficiar a su hijo con el apoyo de las concubinas del harén y la práctica de magia negra. Esta interesante novela histórica gira en torno a un hecho real: la llamada conjura o conspiración del harén, que quiso acabar, y quizá acabó, con el reinado de Ramsés III en los siglos finales del segundo milenio antes de Cristo. Una obra que nos lleva al corazón del Antiguo Egipto, una época deslumbrante y llena de magia.

